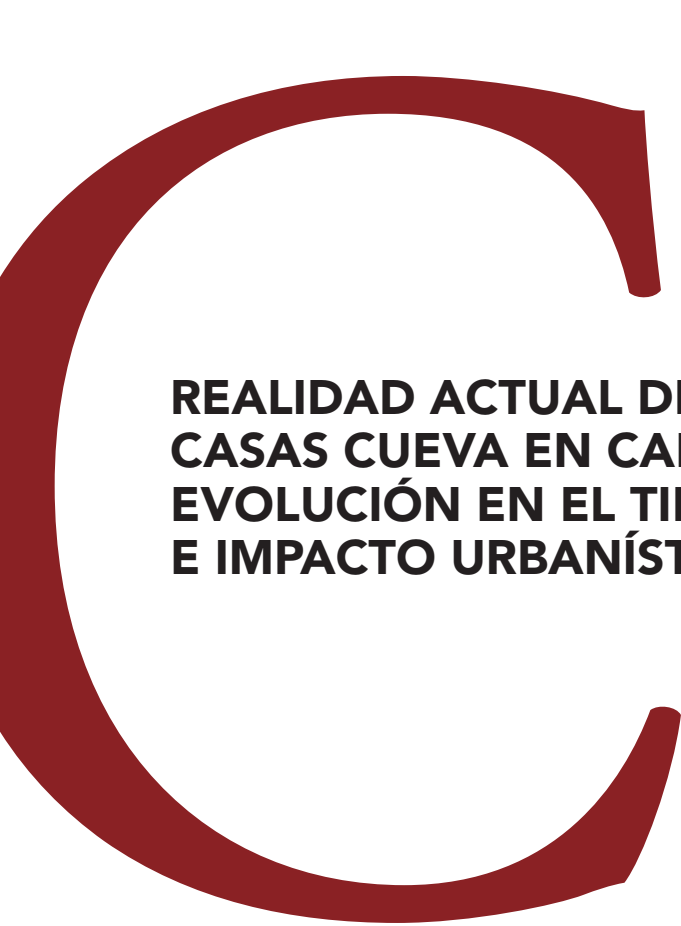




REALIDAD ACTUAL DE LAS CASAS CUEVA EN CALATAYUD. EVOLUCIÓN EN EL TIEMPO E IMPACTO URBANÍSTICO

JESÚS V. SOLANAS DONOSO

Resumen

Desde los primeros asentamientos, tras la conquista del territorio por los agarenos, comienzan a formar parte del paisaje urbano de lo que fuera Calatayud las casas excavadas en la roca que no sólo sirvieron de cobijo para los primeros moradores sino que, tras la reconquista, continuarían como vivienda habitual para muchos repobladores llegados del propio Aragón y de otros reinos peninsulares. Con el crecimiento poblacional ampliarían su presencia extendiéndose tanto dentro como en los extramuros del recinto amurallado, llegando a ser considerada tal costumbre como fórmula normalizada en lo que a solución habitacional se refiere y, aunque regresiva, su presencia alcanzaría al mismo siglo XX. Con el paso del tiempo y la propia evolución de la sociedad, este modo de refugio se relegaría a las clases más bajas de la población.

Palabras clave: Calatayud, casas cueva, Morería, Judería, asentamiento Mozárabe, extramuros, urbanismo, evolución.

Abstract

Since the first settlements, after the conquest of the territory by the Moors, houses dug into the rock began to be part of the urban landscape of Calatayud. These houses would not only serve as shelter for the early dwellers but, after the Reconquest, they would continue to be the usual housing for many new settlers who arrived from Aragon itself as well as other peninsular kingdoms. As the population grew, cave houses would become more widespread both inside and outside the walled enclosure. This type of dwelling would eventually become a common housing option and, albeit less popular as time went by, it would be present until the 20th century. With the passing of time and due to the evolution of society, this mode of shelter would be relegated to the lower classes of the population.

Keywords: Calatayud, cave houses, Moorish quarter, Jewish quarter, Mozarabic settlement, outside the walled enclosure, town planning, evolution..

1. INTRODUCCIÓN

Conocidos los testimonios de los viajeros en lo que a las casas cueva se refiere,¹ es difícil imaginar el estado de las mismas en el momento en que cada autor construye su relato. La evolución urbanística, cambiante, haría que el aspecto general se modificara constantemente con desigual incidencia en unas zonas respecto de otras. No pudo ser la misma realidad la que viera el Barón León de Rosmithal que la que describe Madame Dieulafoy, sea por caso. Lo que se puede asegurar, tras recorrer calle a calle, ladera a ladera y mirador a mirador, es que la presencia de las mismas fue determinante en el modo de vida de los antiguos moradores y la apariencia que se ofreciera a los visitantes tuvo que ser particularmente singular en cuanto definidora de un panorama difícilmente repetido. El presente trabajo, que puede ser considerado como una continuación del aparecido en el número anterior de *Cuarta Provincia*, ofrece un recorrido por el paisaje urbano de Calatayud donde se asientan esos tipos de vivienda, a la par que trata de describir a grandes rasgos la situación actual de los mismos.

2. ORIGEN DE LAS CASA CUEVA EN CALATAYUD, EVOLUCIÓN Y ENTORNO URBANO

Si, como se deduce de los acontecimientos y a falta de datos históricos anteriores, las casas cueva en Calatayud pudieron tener su origen en el primer asentamiento de la población musulmana tras la invasión del territorio² y cuyo modelo se repite en otras partes de Aragón y en diferentes

1 Ver SOLANAS DONOSO, J. V. (2025), "Casas abiertas en la peña. Testimonios de los viajeros", *Cuarta Provincia* n.º 7, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, pp.109-142.

2 Muchos historiadores admitieron el año 716 como fecha de la fundación de la ciudad a pesar de que los primeros documentos escritos fiables que constasen su existencia dataran de la segunda mitad del siguiente siglo. A este respecto, ver: FUENTE, V. de la (1994), *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*. Edición facsimil del CEB de 1880, Institución Fernando el Católico, v. I, pp. 117-121. Ver, igualmente, SANMIGUEL MATEO, A. (2007), *Arte mudéjar en la ciudad de Calatayud*, CEB e Institución Fernando el Católico, Calatayud, p. 16; y más recientemente las aportaciones a la Historia de la Ciudad de SÁENZ PRECIADO, J. C., URZAY BARRIOS, J. Á., y OLALLA CELMA, J. R. (2019), *Calatayud. Historia, Arte, Arquitectura y Urbanismo. Una guía para salvaguardar la ciudad*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, p. 11.

regiones peninsulares, especialmente en el Levante y Andalucía, el tipo de hábitat que nos ocupa no pertenece a región o cultura particular ya que la presencia de las mismas es generalizada y el hecho se remonta a los inicios de la presencia del hombre sobre la tierra.³ Dependiendo del lugar, de las condiciones del terreno y de otras circunstancias relacionadas con el clima, siempre se han dado estos cobijos más o menos elaborados. Digamos pues que poco a poco la población mora, tras instalarse, crecería y se extendería al abrigo de los montes y al pie de los diferentes castillos hasta quedar protegida por el primer recinto amurallado. Con la reconquista, llevada a cabo por Alfonso I en 1120, parte de la población musulmana abandonaría sus viviendas que serían ocupadas por nuevos inquilinos ante la avalancha de repobladores llegada del mismo Aragón y de otros reinos peninsulares por las condiciones ventajosas que asignara el rey Alfonso a la ciudad y a sus habitantes;⁴ otra se quedaría, en particular la correspondiente a las clases más humildes, agricultores, albañiles y artesanos, pues “al rey aragonés tampoco le interesaba una repentina despoblación”.⁵ Estos nuevos pobladores, tras instalarse, las irían adaptando a sus necesidades, a su concepto de espacio doméstico y a los propios criterios de construcción. Tal aumento poblacional haría que las viviendas en general y, es de suponer que también las casas cueva, se expandieran fuera de las murallas primitivas o extramuros.

Por seguir un orden en la distribución de este tipo peculiar de vivienda a lo largo y ancho de la antigua ciudad se acepta como pauta el triple asentamiento que establece Vicente de la Fuente⁶ antes de la reconquista y que repiten Gonzalo Borrás y G. López Sampedro;⁷ es decir, el *musulmán*, el *judío*

3 El hecho de que este tipo de vivienda estuviera extendido por los países mediterráneos hace pensar que pudo deberse a la expansión musulmana ya que se trata de una constante en el continente africano principalmente en el Magreb. Incluso el nombre de África etimológicamente parece hacer referencia a los habitantes de esas cuevas. Ver: VILLAR NAVAS-CUÉS, R. (2016), “Las viviendas subterráneas y el riesgo sísmico”, Instituto interuniversitario de Geografía, Universidad de Alicante, *GeoGraphos*, revista digital, vol. 7, n. 88, p. 149 y ss.

4 A Calatayud le fue concedido el fuero *de frontera*, que era más favorable que los de mero privilegio. Véase FUENTE, V. de la, *op. cit.*, vol. I, p. 154.

5 Ver SAMIGUEL MATEO, A., *op. cit.* p. 16. En lo tocante a la repoblación sería animada por el propio rey Alfonso según el siguiente texto: “En septiembre de 1125 partió (Alfonso I) con 4000 caballeros de Aragón y Cataluña y en lo que penetraba en territorio musulmán se le sumaban mozárabes a sus filas [...] que se retirarían con él y ayudarían en la repoblación del valle del Ebro con cristianos”. Ver: SERRANO RUANO, D. (1991), “Dos fetus sobre la expulsión de mozárabes al Magreb en 1126”, *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 2, Servicio de Publicaciones de la UCM, pp. 163-182.

6 FUENTE, V. de la, *op.cit.*, vol. I p. 115.

7 BORRÁS, G. y LÓPEZ SAMPEDRO, G. (1975), *Guía de la ciudad monumental de Calatayud*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, p. 15.

y el *mozárabe* que, aunque el tipo de vivienda evolucionaría de acuerdo con las circunstancias y criterios de cada momento, la presencia de las casas cueva continuaría igualmente determinando la configuración urbanística.

El primer espacio ocupado a considerar sería el más primitivo, el *musulmán*, conocido como *Morería*, o sea, el ubicado al pie del Castillo Mayor y en torno al barranco de la Rúa, abarcando el actual barrio Picado al pie de la cara norte del castillo del Reloj, la cuesta Morería Espinos, la calle Morería y la calle La Paz, donde se daba la mayor concentración; más tarde continuaría por el barranco de Soria en las derivaciones más occidentales del monte del castillo Mayor, calles Tarancón Bajo, Tarancón Alto y callejas ascendentes a un lado y, al otro, la pared norte del recinto amurallado de la Torremocha, el conocido como barrio Verde, continuando por la parte baja de la cara norte del castillo de Doña Martina.

El segundo asentamiento, el *judío*, también dentro de la muralla, se extendería a lo largo del barranco de las Pozas, entre la pared sur de la Torremocha, la cara norte del castillo de la Peña e igualmente del castillo de doña Martina; es decir, comprendería el barrio de Consolación Alto y Bajo, dentro de la muralla; pero también la cuesta de Santa Ana llegando hasta la iglesia de San Andrés⁸ junto con las calles y plazuelas más próximas al barranco de las Pozas como La Higuera y Cuartelillo, plaza de la Higuera y de la Jolea. Esta zona más al este se conocía como barrio de “Villanueva”. Al oeste estaría el barrio de “Barranco” y el barrio de “Burgimalaco”. Los tres pertenecientes a la judería.

El asentamiento *mozárabe*, ya en los extramuros, comprendería el espacio bajo la pared sur del castillo del Reloj, calle de las Cantarerías y demás anexas rayanas con la Puerta de Zaragoza incluyendo el entorno de San

- 8 Los judíos en principio permanecieron intramuros conviviendo con los musulmanes como adictos y auxiliares de ellos en la conquista de España. Véase FUENTE, V. de la, *op.cit.* vol. I, p. 115. Más adelante no solamente tendrían sus propias murallas, sino que ampliaron su ubicación pues la comunidad crecería de manera significativa en los siglos XIII y XIV, extendiéndose en los márgenes del Barranco de las Pozas, ahora también en el margen izquierdo: Cuesta de Santa Ana, Plaza de la Jolea, calles de la Higuera y Cuartelillo. A este respecto se incluye el siguiente texto: “Cuando en la segunda mitad del siglo XIV las autoridades de Calatayud permiten la ampliación de la judería debido a la alta densidad de la población, lo hacen hacia el interior de la ciudad. El lugar elegido para la nueva ampliación de la judería será la Villanueva o Barrionuevo de la margen izquierda del barranco de las Pozas y no el lugar que ocupaba con anterioridad (la ladera sur del cerro de la Peña en la margen derecha del barranco), zona tal vez considerada como insegura tras la amarga experiencia de la guerra [...]” Ver: CEBOLLA, J. L., MELGUIZO, S. y RUIZ, F. J. (2016), “La judería nueva de Calatayud. Visión arqueológica”, *Arqueología y Territorio Medieval*, n.º 23, Universidad de Jaén, p. 117. Existe abundante bibliografía sobre judíos en Calatayud y en la actualidad, en el barrio primitivo, se ha creado un Centro de Interpretación de la Judería.

Benito y del Sepulcro. Tras la reconquista, la población crecería rápidamente y pronto la ciudad cristiana se extendería por el llano adelantando en varios momentos el paño sur de la muralla. Es un suponer que las clases menos pudientes, a la par, se irían asentando en los lugares próximos o no tan próximos al casco urbano como pudieron ser las laderas y paredes de los montes que todavía no habían sido tocadas por el escoplo o la piqueta y a los que se hará referencia posteriormente.⁹

2.1. Casas cueva de la Morería

El complejo y extenso barrio de la Morería¹⁰ está determinado por la orografía del lugar. Desde el monte del Castillo Mayor se adelantan hacia el llano cinco derivaciones que dan origen a cuatro hondonadas definidoras de paredes abruptas y verticales que, por sus características, los primeros pobladores consideraron aptas para el asentamiento, siendo además propicias para practicar en ellas sus habitáculos horadando la roca en busca de seguro cobijo. Dado que las hondonadas eran en realidad barrancos, las viviendas quedaban en los escarpes a cierta altura y al pie de las mismas correría el agua torrencial sin verse afectadas por sus impactos. De hecho, a algunas de ellas se accedía por la parte superior del monte. En un principio no existió intención de trazado urbanístico compacto y estructurado. Se excavaba la roca y el espacio habitable se adaptaba a la topografía inmediata.¹¹ La “primera hondonada”, cuyas aguas vierten a la Rúa, está limitada a la derecha por el montículo del castillo del Reloj y, en la parte

- 9 Estos asentamientos hacen referencia a los lugares físicos en los que se sitúan las cuevas y no tanto al tipo de individuos que las habitasen en cada momento histórico ya que, incluso, estas viviendas cueva permanecerían en su función hasta fechas no tan lejanas.
- 10 Esta zona urbana es referente para casi todos los viajeros que dejaron testimonios escritos acerca de las casas abiertas en la peña. Ver: SOLANAS DONOSO, J. V., *op.cit.*
- 11 Posiblemente la estructura de calles tal como hoy se conoce date de la mitad del siglo XIX, debido a las leyes de carácter general que se promulgaron con referencia a la ordenación urbanística de los municipios. Es de observar que esas calles son más estrechas al alejarse del monte porque se construía sin criterio preestablecido además de ser los edificios de hasta tres y cuatro alturas; mientras que en los tramos con presencia de cuevas el trazado cambia, las calles se hacen más amplias y uniformes y las construcciones son más bajas como resultado de una planificación urbanística posterior. Calatayud a mediados de ese siglo contó con su propio plano geométrico, debido al maestro de obras Blasco y Taula para la organización de las calles. Véase: VILLANOVA VALERO, J. L. (2018), “El Plano Geométrico de la ciudad de Calatayud (Zaragoza) de Mariano Anselmo Blasco y Taula (1862)”, <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/37/46/07villanova.pdf> [Fecha de consulta: 15 de abril de 2026]. En dicho plano se indica el trazado de las calles de la barriada de la Morería, cosa que no ocurre ni en el de Ubiña (1839), reeditado por el CEB en 1997, ni en el de F. Coello (1847) que se contiene en el *Atlas de España y sus posesiones en ultramar*, Ed. Madoz y Coello, Cervantes, 5, Madrid. También con el inicio del servicio de correos por aquella época, se nombrarían las calles y se enumerarían las viviendas.

más alta, por la cara occidental del de San Vicente; a la izquierda, por un monte irregular cuya trayectoria actúa como límite del barranco por el que asciende la calle Picado (barrio Picado) tras dejar la calle de la Barrera y el rincón Barrera Montecillo. Hoy los edificios inferiores más próximos a la zona urbana propiamente dicha son de tipología tradicional de hasta tres y cuatro alturas. En sentido ascendente la calle está conformada por casas bajas y tapias o verjas que limitan las diferentes propiedades. La apariencia es la de una calle normal, dentro de su rusticidad, si no fuera porque de cuando en cuando, por encima de las construcciones, se advierten antiguas viviendas de aspecto deplorable pegadas a la roca y oquedades que no han sido disimuladas por posteriores edificaciones. La zona de cuevas comienza en el rincón Barrera Montecillo al poniente del castillo del Reloj tras construcciones convencionales más tardías. Hay solares que dejan ver cuevas y otras más que han sido tapiadas recientemente con bloques de cemento. En toda la calle Picado los montes de uno y otro lado están horadados, “picados”, con esa finalidad. Según el testimonio de los vecinos, tras cada nueva vivienda o tapia visibles hay una cueva antigua que suele utilizarse con diferente provecho. Al llegar al punto más alto de la calle, a la derecha y frente a las viviendas 31 y 33 que están habitadas, se abre una serie de casas cueva horadadas en el enclave occidental del monte del peirón de San Vicente que ofrecen una estampa un tanto llamativa por pintoresca. El terreno, al hallarse en pronunciada rampa, está conformado en siete niveles con otras tantas terrazas de muros bien contruidos con piedra del terreno. En el nivel 0, aparece una cueva con puerta de madera y otra medio cegada con reja en la entrada. A decir de un vecino es de propiedad municipal. En el nivel 1 se encuentra otra, cerrada con puerta de chapa, a la que se asciende mediante cuatro escalones. No existen aberturas distintas a la de la entrada.¹² En el nivel 2 hay restos de una amplia cueva de dos alturas que estarían cerradas artificialmente. La superior tendría ventana mientras que la inferior dispondría de puerta. Quedan restos de seis vigas de madera empotradas que servían de sustentación de la plataforma que separaba la estancia superior de la inferior. Esta, hacia dentro, dispone de varias salas. Hay dos aberturas más por debajo del ras del suelo con al menos tres dependencias. Sobre ellas, se abre otro hueco bastante profundo, enyesado y encalado, que se supone lo cerraría un muro exterior y puerta [Fig.1]. El nivel 3 no conduce a cueva alguna sino a un enmarque de antigua abertura,

- 12 Está habitada de forma permanente por un inquilino. Según testimonio del propietario que la habita consta de tres dependencias. La mayor, a la entrada, hace de estar y cocina; otra, al mismo nivel, se dedica a dormitorio. Hay una tercera en un nivel inferior que, al ser uno solo el morador, sirve de almacén y trastero. La única comunicación con el exterior, el único punto de ventilación por tanto es, por raro que parezca, la puerta de entrada. Carece de instalación eléctrica y de agua corriente.

hoy cerrada con materiales de obra, quedando muy bien integrada en el enclave rocoso. En el nivel 4 una de estas viviendas es particularmente llamativa con puerta orientada al sur debido a la configuración del monte. El hueco de la puerta es rectangular conformado mediante obra. El primer espacio interior es de aproximadamente seis metros cuadrados. A la izquierda, con el recurso de cuatro escalones tallados, se accede a una gran estancia de unos quince metros cuadrados y una altura de dos y medio a tres metros según la zona ya que se trata de una techumbre casi apuntada y no horizontal.¹³ Está provista de ventano exterior que además de ventilación serviría de chimenea pues es la parte más ennegrecida por el hollín a pesar de que toda la vivienda presenta esa particularidad. A la derecha del primer espacio hay otra habitación a la que se accede mediante dos escalones tallados y ascendentes. Tiene unos seis metros cuadrados y ventano al mediodía. Fuera, en ese mismo nivel y orientadas al poniente, hay tres bocas de entrada rectangulares que se abren a otras tantas estancias comunicadas entre sí. Se trataría pues de otra unidad habitacional. En el nivel 5 la entrada se abre a una sala principal con alacenas. Al fondo hay otra habitación con banco tallado y ventano que comunica con la primera. A la izquierda se intuye otra dependencia y al menos dos más a la derecha con ventano exterior. En el nivel 6 la puerta está medio cegada a consecuencia de la nivelación practicada en el terreno; por lo que las estancias están por debajo del ras del suelo. Se trata de una principal con alacena, otra al fondo, a la izquierda, y otra más a la derecha con ventano exterior. En el nivel 7 no se practicaron cuevas pero existen dos aberturas rectangulares de uno y medio metro de profundidad respectivamente.¹⁴ Llegando a la parte más alta de la calle, hoy convertida en carretera, ya en descampado y casi al pie del Castillo Mayor, hay cuevas diseminadas, algunas de ellas muy cuidadas y dispuestas para su utilización.

En este punto alto, a la izquierda, arranca un sinuoso sendero descendente que recorre la “segunda hondonada”: la cuesta Morería Espinos. El espacio es estrecho y el terreno exageradamente empinado. Nada más

13 Era una manera de salvar una amplia superficie y evitar desprendimientos sin necesidad de soportes o pilares.

14 Según testimonio de residentes cercanos, en la década de los setenta de la pasada centuria, este grupo de cuevas todavía estaba habitado, pero carecía de servicios básicos. Los habitáculos horadados estaban ampliados por construcciones delanteras que proporcionaban espacio para nuevos servicios. En el año 2002 tuvo lugar una actuación urbanística en este punto por la que se adecentó la zona eliminando los añadidos que ocultaban las cuevas y amenazaban ruina. A la par se crearon las actuales terrazas. Hoy día la concejalía de Urbanismo dispone de un proyecto completo y detallado, confeccionado por SODEMASA, para promocionar este paraje de acuerdo con las demandas turísticas y culturales del momento cuyo objeto es “la puesta en valor una zona de alto valor histórico y etnográfico”.



Fig.1. Barrio Picado Alto (Morería). Viviendas cueva que fueron despojadas de añadidos que pretendían mejorar las condiciones de habitabilidad. Dados los efectos negativos en el impacto ambiental dichos añadidos se eliminaron en el año 2002 de acuerdo con los planes urbanísticos de la ciudad. El cometido lo llevó a efecto el Taller de Empleo "Aljez".

iniciar el sendero hay a la derecha una serie de cuevas dentro de una finca particular, abiertas unas, otras cerradas con puerta metálica, utilizadas para diferentes servicios. En el descenso se advierten, tanto a la derecha como a la izquierda, antiguas viviendas abandonadas y ruinosas entre cuevas medio tapiadas que se extienden a lo largo de las paredes abruptas e irregulares de los montes colindantes. Las tapias de piedra de pequeños corrales que limitan las diferentes propiedades, con o sin cueva aparente, definen la antigua calle en cuesta y particularmente sinuosa. El trazado inicial ha sido conservado y urbanizado recientemente por el Ayuntamiento. En la parte inferior los propietarios de alguna cueva han adecentado el entorno con añadidos arquitectónicos curiosos y originales con mayor o menor acierto. En el trayecto, como justificando el nombre de la pequeña barriada, de cuando en cuando el viandante es sorprendido por la presencia de arbustos de tipología espinosa.

La parte más baja se comunica con la calle de la Barrera, pero antes de abocar a ella se inicia un sendero a la derecha bordeando el extremo bajo del monte por el que se llega a la altura de los números 37-42 de la calle Morería, así llamada por ser eje del barrio. Es la “tercera hondonada”. La calle asciende entre edificios bajos e irregulares con tapias en las que ahora asoma una parra, luego una higuera, y rompe la inquietante soledad algún gato que, receloso, escapa al sentir la cercanía del visitante. Deriva a la derecha un sendero empinado que conduce a una serie de casas cueva que se advierten profundas pero inaccesibles por el escombro y la maleza. Este punto se convierte en oportuno mirador hacia otras cuevas y maltrechas viviendas pegadas al monte no perceptibles desde la calle que continúa ascendiendo para terminar en el número 78. Si se hace el recorrido inverso, descendente, se observa a cada golpe de vista cuevas y construcciones anegadas en sus ruinas que pasaron inadvertidas en el ascenso; pero también detalles de buen gusto que enriquecen el entorno y demuestran el afecto que los lugareños sienten por sus precarias viviendas.

A la altura del número 54 se encuentra, a la derecha, una derivación en la que se abren miradores a panorámicas singulares no perceptibles a nivel de calle; en este caso de la calle de la Paz, que discurre por la “cuarta hondonada” [Fig.2]. Se desciende a ella por la cuesta del Mollo, ahora mediante rampas, luego por escalones, quedando atrás viviendas desbaratadas y cuevas de las que emergen acuciantes y amedrentadores ladridos de perros. La cuesta desemboca a la altura del número 16 donde comienzan las primeras viviendas cueva perceptibles desde la abertura de un solar. Caminando calle arriba se abre una plazoleta, correspondiente a los números 28 y 30, en la que la pared del monte, lisa y vertical, muestra una impresionante y enigmática caverna de unos dos metros de anchura por cinco o más de altura, ante la que la imaginación vuela sin control. La parte inferior la cierra una antigua puerta de madera y, la superior, una gran reja con travesaños también de madera a modo de ventanal, por cuyo entramado se vierte la densa oscuridad acrecentada por el hollín depositado dentro y fuera de dicho antro.¹⁵ En el entorno las nuevas viviendas, adosadas a la roca y ocultando otras cuevas, presentan un aspecto cuidado y agradable. Continuando calle arriba, entre construcciones similares a las de las calles anteriores, hay senderos que conducen a cuevas en posición superior, pero en los que se interrumpe el acceso por tratarse de pertenencias privadas. La calle, sinuosa y empinada, alcanza los números 60-75. Al final, a la izquierda, una vez más, un escueto solar

15 Según los testimonios recabados, el último destino fue el de guarnecer un rebaño. Ahora se utiliza como almacén.



Fig. 2. Calle de La Paz (Morería). Las primitivas cuevas aparecen camufladas por maltrechas edificaciones convencionales. Se añadieron otras con el paso de los años según necesidades y cambios en los criterios constructivos y habitacionales. Se trata de algo común a todas las zonas de cuevas a las que alcanzó la evolución urbanística.

deja ver la realidad que se oculta tras las construcciones que definen el actual trazado de esas calles, es decir, cuevas. Iniciado el descenso sorprenden, a uno y otro lado, extrañas vistas no percibidas con anterioridad. La Paz tiene su inicio en la plaza de San Juan el Viejo donde termina el recorrido efectuado.

La parte musulmana pendiente de recorrer comprende los alrededores de la calle Soria y del barranco del mismo nombre respectivamente. La zona de cuevas comienza a la altura de la cuesta Tarancón Bajo en la parte más elevada y a la derecha. Al ascender por Tarancón Alto pueden verse tres de ellas en muy mal estado y atestadas de materiales de desecho. El aspecto es lamentable. Una tiene placa de chapa con el número 12 y chimenea exterior adosada a la pared del monte. Más arriba hay un

conjunto, cercado, con tres o cuatro cuevas incluidas en un proceso de urbanización particular y al parecer habitables. Llegados a la explanada del depósito hay dos grupos de las mismas bajo la Puerta Emiral. El primero, orientado al mediodía y compuesto por tres o cuatro de ellas, está protegido de forma estrafalaria y, por las apariencias, es posible que hayan estado ocupadas no hace demasiado tiempo. El segundo, que mira a poniente, se sucede a la izquierda en un estrecho pasadizo y llega hasta el punto en el que se interrumpe el paño de muralla que descendía por la ladera hasta la Puerta de Soria. Una primera casa cueva está cerrada de obra. En el exterior de la roca quedan orificios a modo de mechinales en los que se apoyaban los cabrios de la techumbre de algún añadido. A otra, en nivel inferior, se accede bajando cuatro escalones. Es amplia y con ventana a ras del suelo exterior que conserva, descorrida, la cortinilla que no hace demasiado tiempo desempeñó su papel. Hay otra más, exteriormente decentada, con amplia puerta de chapa pintada de azul y ventana superior con reja. La que queda al final es una simple cueva y no muy profunda. Haciendo el camino inverso se abre una panorámica hacia barrio Verde, al que luego se hará referencia, y se desciende para retomar la calle Soria. Ya en ella, a la derecha, se suceden varias callejas estrechas y empinadas que llegan al pie del monte donde se ocultan cuevas tras construcciones que conforman el actual casco urbano. La que asciende al 82-84 desemboca en una original plazuela con viviendas que se adentran en la roca. El final de la calle Soria alcanza el número 88, a partir del cual comienzan los extramuros.

Para terminar el recorrido, ya de vuelta, habrá que ascender hacia el barrio Verde y transitarlo por la base del conjunto fortificado de la Torremocha. En el nivel más alto y junto a la muralla de poniente se encuentran varias cuevas y otras más en el nivel medio. Están en devastación y alguna casi cegada por rocas desprendidas además de por la maleza que crece salvaje. Siguiendo la trayectoria por la zona norte se suceden, a diferentes alturas, cuevas y oquedades que estuvieron ocultas por viejas construcciones hoy derruidas. En su totalidad el barrio alto está en perdición y es intransitable. Desde los miradores opuestos pueden contabilizarse más de una veintena de vacíos en la roca que, vistos de cerca, es impensable que en algún tiempo pudieran servir de albergue permanente de seres humanos. En la parte baja, aunque en pendiente, y continuando al pie del castillo de doña Martina se advierten, tras las nuevas construcciones, casas cueva unas in situ, otras visibles desde Tarancón Alto. A la altura de la plaza de San Juan el Viejo, al pie del monte sobre el que se alzaba el citado castillo y junto a la antigua muralla, hay restos palpables de viviendas abiertas en la roca.

En el trazado de la actual carretera que discurre por los barrios altos al pie del castillo Mayor se encuentran varios puntos con presencia de viviendas excavadas de particular interés por conservar su estado original, ofrecer dependencias bien organizadas y contar en algún caso con cerramientos perimetrales; pero pasan desapercibidas por el abandono que presentan tanto en su interior como en el entorno.

2.2. Casas cueva de la Judería

El segundo asentamiento, la *Judería*, se dilataba a uno y otro margen del barranco de las Pozas. Desde el antiguo fuerte de la Peña en el que hoy se asienta el santuario, puede verse al frente la cara sur del monte de la Torre-mocha donde se aglutinan viejas construcciones junto a otras remozadas y, encaramadas sobre ellas, destacan por su negritud dispersas oquedades que antaño sirvieron de necesario refugio. Ascendiendo desde el barranco por la cuesta Consolación Alto se alcanza otra, a la izquierda, en cuyo final y pegado a la muralla que en descenso enlazaba con la Peña, se advierte un grupo de casas semiderruidas que se edificaron enmascarando antiguas cuevas. Continúa la cuesta, ahora en su estado salvaje, para llegar a otra plataforma en la que se abren varias cuevas hoy inaccesibles. En el descenso unas veces se intuye, otras se confirma, la presencia de las mismas tras los ruinosos edificios.

Continuando el recorrido por el nivel más alto del barrio, otro camino a la izquierda conduce hasta una zona agreste en la que se hallan varios grupos de casas cueva. En el primero, la más próxima está medio tapiada con bloques de hormigón afeados por grafitis. Una rampa pegada al monte termina en otra oquedad abierta y ennegrecida, dejando antes otras más: una con puerta de chapa y muro de piedra y adobe, con ventana cerrada de obra; otra, bien tallada, con reja en ventana, y otras dos en la parte inferior derecha. La puerta de una es de madera y tiene cadena. La pared exterior es de adobe y se abre en ella una ventana indicando que, dentro, al menos hay dos dependencias. La otra, inferior, es muy elemental y está medio hundida. Un segundo sendero, a la derecha, culmina en estrecha plataforma a la que se abren otras más casi tapiadas con piedra del lugar. La primera, cuya entrada deja ver el interior, presenta varias alturas y está comunicada con la contigua; otra, más extrema, está mal protegida con artilugios de chapa. Entre uno y otro de los referidos grupos, asciende una rampa, hoy intransitable, que termina en otra casa cueva con cerramiento de adobe presentando puerta y dos ventanas. Junto a ella hay otra gran oquedad producto de un desprendimiento. Estos elementos últimos sólo son perceptibles desde las eras al pie del santuario de la Peña [Fig.3].



Fig.3. Consolación Alto (Judería). Viviendas cueva que no fueron enmascaradas por construcciones posteriores al quedar en un nivel por encima del trazado de la calle. En las fachadas se combina la roca natural con mampostería de piedra a veces, otras de adobe.

Tomada la calle más alta de Consolación y continuando el recorrido, a la altura del 34 y en considerable elevación, se abre una gran oquedad a la que no se puede acceder por derrumbe del trozo de monte que lo permitía; hecho que acaeció a finales del anterior milenio y que desbarató un edificio recién construido. Toda esta calle alta, pegada al monte, goza de la particularidad de guardar, tras las actuales construcciones, viviendas cueva; pero lo mismo ocurre en el tramo más occidental de la calle inferior en que se mezclan viviendas cueva con bodegas. Si se asciende por la cuesta de Torremocha, todavía Consolación Alto, al pie del castillo de doña Martina y en su cara oeste, se encuentra una propiedad cerrada con al menos tres cuevas.

Donde tiene su sede el Centro de Interpretación de la Judería Bilbilitana, recientemente inaugurado, hay un paso natural que enlaza con la cuesta de Santa Ana y, aunque discurre por la cara sur al pie del castillo de doña Martina, sigue siendo *Judería*. Se trata de una calle de cuidados edificios con curiosos añadidos pero que ocultan antiguas cuevas. Al comienzo del recorrido, que es final de la calle, está el Rincón de la Perina en el que, allá en lo alto y pegada al monte, llama la atención una estampa singular. Hasta cuatro casas escalonadas pregonan su clamorosa ruina con sus deterioradas fachadas y una rítmica distribución de puertas, ventanas y

balcones, cuyo interior fue excavado. La cigüeña anida junto a ellas en un peñasco. Tras una pobre vivienda animada por el fresco verdor de parras e higueras, se adivinan más puertas que, alineadas, dan acceso a otros espacios excavados. A la izquierda, abajo y a ras de una plazoleta con parquecillo, se abre otra cueva menos llamativa con alero de teja sobre la puerta [Fig.4]. Bajando de nuevo a Santa Ana, la calle al poco se adentra hasta una agraciada plazuela y una construcción de buenas trazas pegada a la roca que guarda espacios excavados pues se advierte alguna ventana al ras de la pared del monte. En la parte superior, se encarama otra gran cueva, elevada, a la que se accedía por la cima del monte en que se asentaba el referido castillo. Al final se llega a la iglesia de San Andrés. En este recorrido se ha descrito la realidad que presentan las caras meridionales de los montículos de la Torremocha y de doña Martina; pero la *Judería* también se asentaba en la otra ladera del barranco de las Pozas. La parte más alta y alejada la conforma el monte del antiguo castillo de la Peña en el que, por su escasa longitud, sólo fue posible practicar un número limitado de viviendas cueva. Desde miradores opuestos pueden contabilizarse no más de media docena de ellas, de las que alguna todavía presta servicio dada su accesibilidad.



Fig.4. Cuesta de Santa Ana (Judería). Restos de fachadas por encima del nivel de calle que pretenden integrarse en el conjunto urbano y que esconden cuevas originales. (Rincón de la Perina).

2.3. Casas cueva del asentamiento Mozárabe

El asentamiento *Mozárabe* estaba en el extramuros de los primitivos límites fortificados¹⁶ y, en lo que a las casas cueva se refiriere, comprendería la zona baja del escarpado monte del Reloj que da al austral y discurre en paralelo con la calle de San Miguel y más arriba, en parte, con la calle Cantarerías. En la zona más occidental del monte, en sitio hoy inaccesible por impedirlo una cancela metálica, quedan restos de tapias y diques de piedra por los que discurrían sendas ascendentes, indicativas de que existió una elemental urbanización. Destaca en lo alto una construcción convencional lucida y pintada de blanco todavía en pie que se supone situada ante una primitiva cueva. A un lado y al otro destacan dos puertas a ras de roca con enmarque practicado con yeso. Ambas acceden a cuevas ocultas. Se suceden otras, abiertas, y otras más que muestran refuerzos de obra verticales, a modo de pilares, que evitan el derrumbamiento de los salientes rocosos. Siguen varias más a ras de roca cuyas pequeñas fachadas también están lucidas y los vanos convenientemente protegidos con reja. En todo caso están patentes los orificios donde apoyaban los maderos que soportaban las cubiertas de espacios añadidos [Fig.5]. Desde la plaza del Olivo se intuyen senderos a diferentes niveles en los que además de las cuevas anteriormente citadas se suceden al menos tres totalmente abiertas y otras más cerradas con mampostería. En el transcurso de dichos senderos se aprecian grandes oquedades originadas por desprendimientos con indicios de haber habido excavaciones con anterioridad. Hasta se observa encaramada y solitaria una pared pegada al monte que se supone cerraba otra de esas cuevas de la que sorprende la situación y nace espontánea la pregunta de cómo se pudo acceder a tal punto acarreando los necesarios materiales. El tramo al que nos referimos no es amplio, pero parece ser que no hace tanto estuvo muy poblado por labradores y artesanos de derivados del cáñamo, los sogueros, de tanta tradición en Calatayud. Dadas las características del monte se producían bastantes derrumbes con efectos mortales. El aspecto de lo que queda a día de hoy así lo indica además de algunos testimonios escritos.¹⁷

- 16 Vicente de la Fuente en su obra citada y al pie de la página 130, en el capítulo “Mozárabes de Calatayud”, haciendo referencia al documento de donación por D. Ramón Berenguer al monasterio de San Salvador de Oña, de aquel barrio, donde se fundó un priorato benedictino y luego el monasterio actual de las benedictinas, dado por cierto que San Íñigo nació en ese barrio, se inserta el siguiente texto: “*Dono, laudo atque in perpetuum concedo Domine Deo et Beatae Mariae monasterium Sancti Benedicti de Calatayud, quod situm in illo barrio de Mozarabis ad illam portam de Caesaraugusta*”. Se trata de Ramón Berenguer IV, año 1148. Ver: BORRÁS Gonzalo y LÓPEZ SAMPEDRO, Germán, *op cit*, p. 133.
- 17 Existen referencias a estas catástrofes en las Actas Municipales de cada momento reflejando que los siniestros ocasionados, muchas veces mortales, no eran provocados por



Fig.5. Barrio Mozárabe. (Cara sureste del Castillo del Reloj). Conjunto de cuevas y fachadas convencionales entre soportes que sustentan el saledizo de la roca. Quedan, en varios tramos, orificios en los que apoyaban los maderos horizontales de techumbres exteriores añadidas.

Pero, aparte de estas zonas urbanas con presencia de viviendas cueva, existen otras más fuera de las murallas que el desarrollo urbanístico determinó en cada momento histórico. Se señalan los siguientes *extramuros*: el de la Puerta de Soria, el de las Pozas, el de la Peña (barrio de la Rosa y de San Roque), el del Barrio Nuevo junto con la carretera de Terror y, finalmente, el de las Eras o de la Puerta de Zaragoza.

derrumbes de las cuevas propiamente dichas sino por los desprendimientos ocasionados en los montes del entorno, propicios a la erosión, especialmente en los acantilados que se abren a la vega en todo su recorrido. Tales hechos continúan sucediendo con mayor o menor transcendencia a pesar de las mallas metálicas de detención colocadas al efecto. De hecho, el abandono de los frailes capuchinos de su convento cueva a poco de instalarse en él se fundamenta en esas motivaciones, según el siguiente texto: “Viendo el varón santo (San Lorenzo de Brindis que era General de la Orden en 1603, en su visita a Calatayud) la incomodidad de los religiosos, lastimado por su triste situación, mandó en nombre de Dios a aquellas peñas que, sin detrimento de los religiosos, se fuesen deshaciendo hasta dejarlo inhabitable y mejorasen de sitio. Y en efecto, un día en que los religiosos habían salido a la ciudad a una procesión, mientras regresaban al convento, se desgajó de repente un gran peñasco que por su posición debía caer sobre los religiosos, con la ruina total de ellos, pero impedido por virtud divina, fue a parar fuera de la plaza [...]”. Ver: LONGÁS, L. (1993), *Conventos de la antigua Provincia Capuchina de Aragón*, Col. OPI, Curia Provincial de Capuchinos, Burlada (Navarra), p. 39.

2.4. Casas cueva en los extramuros de la Puerta de Soria

Finalizada la calle de Soria a la altura de la ermita de la Purísima y cerca de donde se situara la puerta del mismo nombre de la antigua ciudad, comienza la calle Extramuros Soria que discurre al pie del monte en el que se asienta la primitiva muralla y se ubica la Puerta Emiral. Fuera de la muralla, a media altura, en un entramado de estrechos, zigzagueantes y empinados senderos, se suceden tres grupos de viviendas cueva. El grupo más próximo a la muralla lo forma un profundo habitáculo con ventano exterior y otro, al menos, al fondo seguido de dos cuevas simples con boca tallada en arista y escasa profundidad. Una más con puerta bien perfilada y complejas estancias, al menos tres, en bastante buen estado. Al entrar, a la izquierda, hay un pequeño espacio con chimenea. Le sigue otra cueva espaciosa y profunda pero irregular en la que las paredes están encaladas y pintadas de azulete. Al final de este primer grupo se llega a una finca cerrada con cueva perfectamente habitable y habitada. Algo desplazada y en un nivel inferior, aparece otra, espaciosa y con ventano. Le antecede un reducido espacio limitado con tapia de piedra del lugar a modo de corralillo. Un segundo grupo lo forman dos cuevas impresionantes e intercomunicadas. La de la derecha, con dependencias al fondo, está medio cegada por considerables placas desprendidas del techo. La de la izquierda sobrecoge al entrar y sentir el espacio circundante por su singular carácter que, además de estar tallado con especial esmero, presenta pilares de sección cuadrada de diferente medida entre los lados que, sin orden prefijado, sustentan la techumbre de uniforme altura y que puede alcanzar fácilmente los cincuenta metros cuadrados de superficie. Impresionante. Es, sin lugar a duda, la cueva de mayor interés dentro del panorama descrito en el presente apartado [Fig.6]. El tercer grupo se encuentra al derivar por una senda descendente hasta una reducida hondonada que presenta una pared propicia para su excavación. Aparecen varias aberturas y en dos niveles. Las inferiores corresponden a puertas de acceso, las demás a ventanas; dos de las cuales dan luz a las habitaciones inferiores y tres a las superiores. Se trata pues de un grupo de espacios rupestres que se comunican desde el interior. A las estancias de nivel superior, se accede por una rampa o escalera hoy disimulada por el escombros. Se trata de al menos tres dependencias. La vida en dicho conjunto tuvo que ser especialmente interesante. Por desgracia el acumulo de escombros y desprendimientos es tal que supone un riesgo ascender a las dependencias superiores sin los medios de seguridad necesarios. Delante quedan restos de dos cercados de piedra. Bajando de nuevo a pie de calle, al mismo nivel, se encuentran varias viviendas cueva convenientemente protegidas con puerta. Antes de llegar a la carretera que sube al castillo comienzan varias cuestas desde las que se aprecian,



Fig.6. Extramuros de la calle Soria. Gran excavación y bien tallada con presencia de pilares de sección cuadrada sin orden preestablecido pero con idéntica función. Hoy aparece sin la pared exterior que la cerraba cuyos derrumbes quedan a pie de embocadura.

diseminadas, algunas cuevas que alcanzan los niveles altos. Lo mismo ocurre al comienzo de la subida al castillo desde la calle que ahora se convierte en carretera.

Al otro lado del barranco que libra un puente y por el que discurre el trazado de la antigua carretera de Soria hay, en torno a un monte blanquecino y en el nivel más inferior, otra serie de cuevas de fácil accesibilidad. Una está muy bien tallada con esquinas y rincones en ángulo recto y la altura es considerable. A otra se llega atravesando una propiedad derruida que fuera edificada para ampliar el espacio habitable. Es grande, de unos veinticinco metros cuadrados, con paredes y techo bien conformados y relativamente alta. El espacio se amplía al fondo.

2.5 Casas cueva en los extramuros del Barranco de las Pozas

El *extramuros* del barranco de las Pozas comienza antes de iniciar la subida a la Peña por el barrio bajo de la Rosa, justo a la altura del barranco en que se ubicara la Puerta de la Furiega. Siguiendo la carretera hacia el descampado, hay a la derecha una cuesta ascendente que llega a dos viviendas de estilo tradicional que conservan antiguas cuevas en su interior. Continuando el camino, ahora montaraz y de cuestas zigzagueantes, se accede a una zona en la que el terreno fue favorable para ser horadado y, entre tapias ruinosas, se columbra alguno de esos habitáculos de cierto interés; luego, dos muy próximos tras un vallado y encaramados en terreno áspero y escabroso. Finalmente, dos más entre escombros de antiguas y míseras construcciones.

De nuevo en la carretera, a nivel de la misma, aparece una serie de cuevas que originariamente servirían de vivienda y pasarían luego a desempeñar otras funciones como albergar aperos o sencilla maquinaria para uso agrícola. Pertenecen a particulares pues se sitúan al fondo de parcelas cercadas con tapias de piedra del terreno. Una primera cueva es particularmente interesante. El exterior presenta una excavación de cuatro metros de altura, tres de anchura y uno y medio de profundidad, a modo de pórtico. La puerta principal, que mira al oeste, es de madera y está cerrada. Ciega por encima una pared de adobe que presenta una abertura ovalada con celosía resultante de colocar ladrillos huecos con pequeños canales de sección cuadrada. Hay al sur otra puerta de madera que abre a una dependencia, de unos diez metros cuadrados, comunicada con otra de similar magnitud. Parece que en principio fue un espacio único y grande, pero también alto, de unos cuatro metros, que luego se dividió mediante tabique de piedra y mortero. En la parcela contigua se advierte otra cavidad a ras de roca con puerta metálica y pequeño alero de teja; luego otra más, arrinconada junto a construcción de piedra, cuya puerta, desquiciada, deja ver una vieja aventadora manual. Continuando el trayecto hay tapias que cierran espacios dedicados a la gestión de residuos en los que se aprecian más cuevas medio ahogadas por restos amontonados de lavadoras y viejos electrodomésticos. Aunque continúan fincas privadas, todo hace suponer que siguen existiendo cuevas disimuladas. A lo lejos, en la pared de un pequeño montículo plano a modo de era, llama la atención el negro de una oquedad solitaria sobre el fondo claro y diáfano del paisaje. Al acercarse se evidencia una cueva bien tallada, alargada, de aproximadamente cuatro metros de profundidad por algo más de uno y medio de anchura, con la particularidad no observada en cuevas anteriores: el techo lo conforma una bóveda apuntada de unos dos metros de altura hasta el vértice que resulta de incidir los muros al curvarse hacia dentro. La arista de la aparente bóveda ojival aparece ligeramente truncada. De regreso, toman-

do la carretera de circunvalación que conduce a la ermita de San Roque, se suceden granjas en general mal organizadas que fueron construidas delante de primitivas cuevas. A continuación, en el escampado reclama el interés, por su aislamiento, otra cueva cuyo interior no muestra especiales características.

2.6. Casas cueva en los extramuros de la Peña (Barrio de la Rosa y de San Roque)

Desde el barranco de la Pozas, traspasada la muralla que enlazaba la Torremocha con el fuerte de la Peña, asciende una calle que conduce, a la izquierda, al santuario del mismo nombre y continúa, a la derecha, hacia la ermita de San Roque. En la cara este y meridional del monte, bajo la explanada de dicha ermita, se suceden varias zonas de cuevas y a distintos niveles que se pueden agrupar en “cuevas en el barrio de la Rosa” y “cuevas en el barrio de San Roque”. En lo que respecta al barrio de la Rosa, las cuevas a la vista se encuentran situadas en las curvas de nivel medias y altas, orientadas al levante, con presencia de paredes rocosas que facilitaron la excavación y el posterior asentamiento. Existen dos zonas, una inferior y otra superior de características diferentes. Casi a la altura del santuario de la Peña arranca una primera calle, a la derecha, que se prolonga en sendero hasta bordear casi por completo el monte y en el que, curiosamente sólo aparecen viviendas en las proximidades a la vía principal imponiéndose los números impares. Corresponden a las edificaciones pegadas a la roca que conservan detrás las correspondientes cuevas. Alguna queda fácilmente visible al haber desaparecido las construcciones delanteras añadidas en el transcurso de los años y alguna, aunque sea temporalmente, está habitada. A continuación, se suceden fincas y parcelas, cercadas unas, abiertas otras, que proclaman la presencia de antiguas cuevas en total grado de abandono dentro de un conjunto de sendas ascendentes pobladas de matorrales e invadidas por restos ruinosos de antiguos añadidos. A la otra zona, la más amplia y de mayor carácter, se accede por la siguiente calle, también a la derecha, subiendo a San Roque y a la altura de la sede de la cofradía del santo. Primero aparecen las casas de reciente construcción que ocultan antiguas cuevas, pero algunas se hacen visibles. La zona de referencia de mayor interés se encuentra alejada de la actual área habitada, donde el terreno muestra su estado más salvaje sin otro sendero que el que, titubeante, la vista intuye y aconseja antes de dar el siguiente paso. Llegando al lugar donde se abren las cuevas, todo lo invade el escombros y la maleza, pero se advierten los huecos que, contrastados y marcando su propio ritmo, son reclamo para el curioso visitante. Corresponden a puertas y ventanas de los más variados tamaños y formas que, de pronto, no parece sea resultado de criterio objetivo ni de plan alguno previsto. Todo es espontáneo, natural y,



Fig. 7. Barrio Alto de La Rosa (Extramuros). Corresponde la imagen a la dependencia de un importante conjunto habitacional orientada al noreste. Toda está excavada excepto parte de la pared que aísla del exterior. A uno y otro lado de la rústica puerta pueden observarse dos alvéolos de sección cuadrada supuestamente utilizados para colocar alguna lámpara de aceite.

en cierto punto, hasta ingenuo; pero lo enriquecen valiosas connotaciones que atrapan el interés, provocan la admiración y serían merecedoras, sin duda, de un mayor análisis y detenimiento [Fig. 7]. En este nivel, al igual que en el otro inferior, parte de las actuales viviendas convencionales están construidas delante de antiguas cuevas que, de acuerdo con las ordenaciones urbanísticas del momento, adelantaron los límites respetando el trazado que marcan las propias calles.

El otro grupo a considerar, el del barrio de San Roque, ocupa el nivel más alto y se orienta al sureste. Se llega por un sendero ascendente del que sólo queda un confuso rastro. Dicho sendero comienza en la cuesta que lleva el nombre del barrio, frente a un parquecillo cuya particularidad es contar con la presencia de casas cueva a las que se hará referencia con posterioridad. Conduce a cuatro de esas cuevas muy próximas entre sí. La

primera tiene puerta y ventana superior con reja y es de dos habitaciones. La principal, grande y alta, tiene unos nueve metros cuadrados. La otra, a la izquierda, es menor, de unos cuatro metros; y también la altura es bastante menor que la de la principal. La segunda cueva es pequeña e irregular. La tercera se compone de una sola habitación, pero amplia; de unos nueve metros cuadrados. El espacio es irregular, determinado por las características de la planta, del techo y de las paredes. También dispone de abertura a modo de ventana. La última de este grupo, de unos cuatro metros cuadrados, ofrece un vano de puerta y otro de gran ventana, muy bien tallados. En el muro exterior quedan pequeños orificios en los que apoyaría la cubierta de algún añadido. En la misma orientación que las cuatro anteriores y algo más abajo, un sendero conduce a otra cueva no muy espaciosa precedida de rotos muros de piedra que ampliaban el espacio habitable.

A esa misma altura, a la izquierda de la cuesta que sube a la ermita de San Roque, sorprende un pequeño parque organizado al abrigo de una pared rocosa. Entre el verdor de pinos y acacias, unas cuevas alineadas y orientadas al levante muestran tras las puertas y ventanas, liberadas de todo aditamento, sus desnudas y ásperas paredes. La primera aparece medio cegada por el desprendimiento de la parte superior. La siguiente, que presenta una oquedad simple de unos cuatro metros cuadrados y mediana altura, no pasa de ser una mera covacha. A continuación, tras una amplia abertura, aparece un habitáculo muy irregular, pero de cierta amplitud. Puede alcanzar los seis metros cuadrados. Se comunica con otro espacio, a la derecha, que muestra entrada desde el exterior independiente. Es menos irregular y, la superficie, similar a la del anterior. Otra cueva independiente se abre a continuación. Mediante una gran abertura se accede a una caverna de unos ocho metros cuadrados en cuya pared del fondo se abre otra dependencia de unos cinco metros de superficie que presenta en el muro de la derecha un pequeño pesebre. A continuación, estaría la última de ellas. Primero aparece una abertura exterior formada por tres paredes y techo que se supone fue espacio habitacional y, aunque hoy está al descubierto, en su momento lo cerraría otra construcción delantera. Tiene unos ocho metros cuadrados. Aparece otra oquedad sobre la anterior, no muy profunda, de enyesados y encalados muros. Lo descrito es lo que queda de lo que fuera vivienda cueva de dos plantas de la que permanecen en la roca los orificios que servían de apoyo a los maderos horizontales que sustentaban el techo de separación entre alturas. En el referido espacio inferior se abre a la derecha otra cueva que la forman dos dependencias consecutivas, enyesadas y encaladas. Ambas son de similar superficie, unos seis metros cuadrados. Ascendiendo por el final del parquecillo, sobre las dependencias anteriores, aparece una cueva aislada de unos cinco metros cuadrados que pudo ser cobijo de animales domésticos.

2.7 Casas cueva en los extramuros del Barrio Nuevo

En los extramuros del Barrio Nuevo, que abarcan la cara sureste del monte de la Peña y se extienden en paralelo a la carretera de Terror al pie de la enriscada y amenazante pared del monte, hay dos zonas con presencia de casas cueva, a saber, la más próxima a la Ronda del Río Seco, donde se asienta el barrio conformado por viviendas convencionales que ocultan antiguas cuevas y, la otra, la más alejada, en la que éstas aparecen esparcidas salpicando el desnudo paisaje. En lo más alto de las Escaleras de la Peña y a la derecha son visibles dos de estas cuevas. Una, situada tras la verja de un patio de vivienda aseada, presenta buenas condiciones y, al parecer, los propietarios la tienen en valor. La otra es la última de la calle cuyo número 34, de chapa, identifica el domicilio que no hará tanto estuvo habitado. La puerta está tapiada de obra. Tiene dos pequeñas ventanas y una tercera, a unos cuatro metros del suelo y por encima de una chimenea pegada a la misma pared del monte; lo que hace suponer que se trata de dos alturas. Las actuales viviendas, a partir del número 26, están adosadas a la roca y se supone guardan cuevas en la parte posterior. Lo mismo ocurre con alguna de las viviendas más altas de la calle Subida a la Peña y, por supuesto, con las que ya en el propio Barrio Nuevo discurren al arrimo de la alta pared y cortada del monte, en principio, protectora. Así se deduce de lo que aparentemente se observa y de los testimonios de algunos vecinos. Continúan éstas en paralelo a la carretera y se van haciendo presentes hasta el límite del casco urbano. En el grupo de las que salpican el desnudo y vertical paisaje, las hay visibles desde la carretera como las correspondientes a tres ventanas a cuyas estancias se entraría por la parte superior, es decir, por la cuesta de San Roque y serían excavadas posiblemente de arriba hacia abajo. Otra, también visible, es muy grande pero inaccesible y situada a media altura tras una hilera de viviendas recientemente construidas. El resto sólo es visible desde la vega.

Se accede a ellas por un largo camino que comienza a pie de carreta a la altura del número 84 y asciende, estrechándose, hasta el peirón nuevo de San Vicente próximo a la Era del Chocolate. En un punto el camino se hace intransitable pues lo cubren densas especies esteparias que crecen entre yesosos pedruscos desprendidos. El borde, abierto al precipicio, lo escoltan espinadas y exuberantes pitas. La primera cueva es grande e irregular, con una derivación a la derecha. Entre los dos espacios pueden sumar unos dieciocho metros cuadrados. A uno y otro lado de la puerta exterior hay dos huecos medio tapiados. En la segunda, la puerta estaba cerrada de obra y alguien abrió un boquete a través del cual se columbran al menos dos habitáculos. Una tercera caverna queda algo desviada del sendero principal. La entrada está medio cubierta por rocas y tierras desprendidas. Descendiendo por unas escaleras se llega a una amplia dependencia. La

que se encuentra en cuarto lugar también es grande y está medio cegada por desprendimientos. Lo mismo ocurre con la quinta. La última, que enlazaba con el barrio de San Roque y de la Rosa, es compleja, aunque no muy grande. Tras una amplia cavidad, descubierta, se abre la puerta a un espacio de extraños recovecos que se destinarían a diferentes servicios domésticos. Ofrece dos tragaluces y las paredes, en parte, están lucidas con yeso. Haciendo el descenso se encuentran, hacia arriba y a la derecha, otras dos cuevas inaccesibles que sólo son perceptibles desde la vega. Hay otra más, hacia abajo y a la izquierda, a la que se puede acceder, quedando aislada. Se trata de una cueva simple relativamente grande. La cerraba una puerta tosca de madera, hoy en el suelo.

2.8 Casas cueva en los extramuros de la Puerta de Zaragoza

El recorrido termina en los *extramuros* de la Puerta de Zaragoza,¹⁸ donde la ciudad creció tímidamente pero permanecería viva una barriada singular en lo que a las casas abiertas en la peña se refiere y que, a pesar del precario estilo de vida y el permanente riesgo asumido por sus moradores, continuaría en actividad hasta los inicios del siglo XX. Se trata del barrio de las Eras que presentaba una perfecta organización y podría decirse que estaba hasta urbanizado, aunque sólo fuera en su grado más elemental. Ante el desolado paraje que hoy se contempla, la imaginación intenta recrearlo a partir de los vestigios presentes todavía y de los testimonios escritos e iconográficos que los aventureros dejaron en sus libros de viaje. Lo integraba un rosario de casas cueva relacionadas entre sí por empinados y sinuosos senderos que, rayando el vértigo, llegaban a los niveles más altos que el terreno permitía. Se extendían por la vertical y enriscada pared del monte que discurre en paralelo a la Ronda de Campieles, encarada a la que fuera floreciente vega. Hoy gran parte de las cuevas aparecen tapiadas sobre todo las más próximas al casco urbano y alguna de ellas presenta rotos en la pared, resultado del paso del tiempo, del vandalismo o de la simple curiosidad. Pueden establecerse tres zonas dependiendo de las características que presentan dichas cuevas o del terreno en el que se sitúan: la *próxima*, la *intermedia* y la *más lejana*. Desde la carretera se divisa en la zona próxima, la gran cueva que fuera sede del primer convento de capuchinos y albergara en sus entrañas todas las dependencias en las que transcurría el día a día de una comunidad monástica [Fig.8]. Aunque la nota que caracteriza a este grupo de viviendas cueva es que en un momento se tapiaron

18 El lugar es una continuación natural del que hemos llamado asentamiento mozárabe. La abrupta y elevada pared del monte, soporte del castillo del Reloj, se continúa una vez rebasada la muralla, todavía visible en lo alto, que enlazaría en la parte baja con la Puerta de Zaragoza o de Somajas.



Fig.8. Convento cueva de capuchinos. Queda representado un espacio del interior del mismo situado en la zona superior en la que había celdas. Ofrece filas de alvéolos excavados en la roca de difícil interpretación a pesar de ser comunes en muchos complejos monásticos rupestres como los riojanos. (Imagen tomada de <https://rubenadass.blogspot.com/2013/05/ la-cueva-del-rey.html>).

por el riesgo que suponían para moradores y foráneos, ésta, conocida como el *Pozo de la Sangre* y también como *Cueva del Rey*, queda totalmente abierta y, aunque inaccesible, se advierten en ella puertas talladas en la roca y escaleras, también talladas, que conducen a estancias superiores. Llama la atención un muro elevado que conserva una ventana cuyo vano culmina en un arco conopial.¹⁹ Continúan cerramientos de antiguas oquedades a

19 Es extraño que todavía no exista un estudio profundo y a la vez minucioso de este convento cueva por lo que representa desde cualquier punto de vista. Las referencias más notables aparecen en el libro: LONGÁS, L. (1993), *Conventos de la antigua Provincia Capuchina de Aragón*, Colección OPI, n. 13, Curia Provincial de Capuchinos, Burlada (Navarra), pp. 38-41. No añade mucho más a lo que se encuentra reseñado FUENTE de la, V., *Historia de Calatayud*, vol. II, p. 378, aparte de alguna noticia añadida cuya fuente oral es el recordado Emilio Navarro. Nada interesante pues no existe descripción alguna de su interior, ni consta el origen de dicha cueva ni qué tipo de actuación realizaron los religiosos antes de

distintos niveles hasta llegar a una gran cueva de escaso fondo y pared blanquecina. Sobre un estrecho pasadizo se dilata una pared de obra, original, que actuaba a modo de fachada enmascaradora de los habitáculos interiores excavados en el seno del monte. En ella, hoy cegadas, estaban dispuestas las puertas y las ventanas de una serie de viviendas, levemente protegidas por una cornisa rocosa que también servía de senda hacia otras

aposentarse en ella durante el tiempo en el que estuvieron cobijados en el convento próximo de San Marcos, junto al Santo Sepulcro. Otra referencia sin demasiadas aportaciones, consta en el “Catálogo de Protección del Patrimonio Arquitectónico y Cultural” (PGOU), 2006, Calatayud. En el concepto I. 48, “Pozo de la Sangre”, se dice: “Primitivo convento de capuchinos. Encarnado en la loma de la carretera de Soria. Propiedad desconocida. Suelo no urbanizable. Grado de protección, según el PGOU, integral. Estado de conservación: ruinoso. Patología visible: Deterioro por falta de mantenimiento. Descripción formal: Excavada en la umbría que se asoma al Jalón. Se trata de un elemento de planta circular. Los paramentos se refuerzan con mampostería de buena calidad. La cubierta abovedada se refuerza mediante arcos cruzados de ladrillo”. Más interesante desde el punto de vista iconográfico es el despliegue de imágenes contenido en Rubenadas blog: “La cueva del rey”, Calatayud, 2013. Ver: <https://rubenadass.blogspot.com/2013/05/la-cueva-del-rey.html> [Fecha de consulta: 15 de abril de 2026]. En él se puede apreciar la extensión y complejidad de espacios, pasadizos, escaleras y dependencias que dentro se encierran, sin ninguna visión crítica ni descriptiva pues, al parecer y de pronto, no existen demasiados indicios que den pie a interpretaciones o deducciones sobre la funcionalidad de cada espacio. Curiosamente, aparecen huecos excavados y alineados en diversas dependencias a modo de columbarios muy frecuentes en algunos parajes cuyo misterio no es fácil de descifrar y que responden a la siguiente descripción: Roca trepanada a modo de alvéolos, normalmente de embocadura cuadrada, formando estanterías rupestres que en algunos casos servían para guardar semillas con idea de que en la próxima siembra tuvieran mayor poder fecundante; en otros, para guardar hierbas medicinales y llevar a cabo los remedios caseros curativos, vulgarmente “boticas”. Existen otras interpretaciones cuando aparecen en monasterios y conventos de origen medieval concediendo un significado religioso y trascendente ya que, a modo de relicarios, en ellos se guardarían huesos de antiguos monjes que recordaban a los presentes la transitoriedad de la vida y la esperanza de encontrarse un día con aquellos que les precedieron. Nada tienen que ver en este caso con las interpretaciones relativas a rituales mágicos que en ocasiones se apunta. Lo que sugiere la presencia de estos pequeños nichos según el lugar que ocupan es que, en parte, se trataría de auténticos columbarios donde criarían las palomas convirtiéndose en un medio más de subsistencia para los monjes junto con los productos de la huerta que se sabe cultivaban. Pero al verlos presentes en otras dependencias interiores ya no es tan fácil suponer cuál fuera su cometido funcional más allá de servir para colocar algún elemento de uso o de lámparas a modo de lucernas. No obstante, el misterio continúa entre los estudiosos. Alguna información más aportan las investigaciones de TOBAJAS GALLEGO a partir de protocolos notariales conservados en el Archivo Municipal de Calatayud relativas a los años del establecimiento del convento en la ciudad, en torno a 1600. Entre otras cosas se indica quién medió en la compra del terreno para la fundación del convento, benefactores o cesión a los monjes de un huerto próximo para su cultivo realizada por Juan Muñoz; que se adquirió otro patio cueva que confrontaba con el camino que subía a las casas patio de Juan Antonio de Moros y patios de dicho convento, etc. Ver: “Algunas noticias sobre el convento de capuchinos de Calatayud”, https://www.calatayud.org/noticias/FEBRE-RO-21/160221_3.htm [Fecha de consulta: 15 de abril de 2026].

cuevas encimadas.²⁰ Se suceden más cerramientos verticales de antiguas cuevas a varias alturas.

La zona intermedia presenta dos niveles. En el primero se advierten varias cuevas al fondo de las granjas todavía activas. Ya en el llano y a campo abierto, aparece una caverna espaciosa y de considerable altura cuyas paredes están talladas en curva y presentan muchas irregulares. Dentro y a la izquierda se abre otra dependencia, también amplia, con un gran tragaluz en el techo. Seguidamente, pegadas a la roca, cuatro puertas metálicas amplias, cierran otras tantas cuevas que, al parecer, sirven de almacén²¹. Ascendiendo a otro nivel de las eras, reclama la atención una cueva solitaria. Se trata de algo singular, de una obra de arte arquitectónico abandonada a su suerte. El espacio se creó tallando la roca a modo de cilindro hueco cuyo diámetro base medirá entre tres y medio y cuatro metros. En el centro del espacio se conservó, mientras y tras el proceso de vaciado, una columna perfecta y aplomada, también cilíndrica y de unos treinta centímetros de diámetro. El suelo está a metro y medio por debajo del nivel exterior y para bajar se practicaron unas escaleras. La altura del espacio supera los tres metros y la columna, por supuesto, cubre la distancia que va de suelo a techo. El autor tuvo que ser alguien con especial sensibilidad pues, aunque le rondara la pobreza, fue capaz de anteponer otros aspectos estéticos y creativos a los meramente utilitarios [Fig.9]. A continuación, se abre otra cueva cuya entrada está interrumpida por una media pared. También el suelo se sitúa por debajo del nivel exterior por lo que, en este caso, se ha practicado una rampa de descenso en lugar de una escalera. Se trata de un único espacio de aproximadamente nueve metros cuadrados. Le sigue una pequeña oquedad prolongada hacia afuera por dos paredes, resultando el espacio justo para guardar una antigua aventadora manual. La segunda zona la integran cuevas organizadas a lo largo de dos senderos que parecen trepar por el monte cada cual siguiendo la dirección que marca el terreno. Junto a una construcción ruínosa que queda a la derecha del primer sendero aparece una cueva de tamaño considerable con puerta grande y bien tallada. Tendrá unos veinte metros cuadrados y la altura es uniforme, de unos dos metros. En el ascenso, que finaliza en el pinar bajo la Longía, hay media docena de cuevas en muy mal estado y medio cegadas

20 Se trata del escenario descrito por Parcerisa en su litografía "Casas abiertas en la peña. Calatayud", cuyo comentario se recoge en el número anterior de la revista *Cuarta Provincia*.

21 En la actualidad son propiedad de la Junta Mayor de Semana Santa y sirvieron para almacenar las peanas de los correspondientes pasos que hoy con mayores garantías se guardan en la iglesia de Carmelitas. Vulgarmente se conocen como "los polvorines" por haber servido de arsenal de munición en la guerra civil del treinta y seis. La última función conocida era la de guardar el ganado; pero nada descarta que anteriormente fueran utilizadas como espacios habitables.



Fig.9. Extramuros de la Puerta de Zaragoza. Ejemplo singular de soporte cilíndrico perfectamente tallado y hecho uno con la roca que demuestra, a la vez, la exquisita sensibilidad de quien realizara la excavación a pesar de la indigencia del entorno en que se ubica.

por rocas desprendidas. También el sendero se hace intransitable y más en el tramo último. La única merecedora de algún interés tiene entrada por el este; el suelo está bajo nivel y, al mediodía, se abre un ventano apuntado. A lo largo del otro sendero, empinado y en dirección opuesta, se suceden otras tantas cuevas también ruinosas pero alguna digna de especial detenimiento. Una, la segunda en el orden, presenta una gran oquedad en la que se abren cuatro entradas separadas por pilares tallados en la roca uno de los cuales está complementado con obra de ladrillo. Se sitúan dos al frente, una a derecha y otra a izquierda. La de la derecha abre a varias dependencias; las dos de en medio, a dos espacios que parecen uno solo; la de la izquierda, a un habitáculo reducido pero muy bien tallado. Otra de interés está al final del recorrido, a cuyo pie se abre el vacío. Impresionante el riesgo al que los moradores se exponían. El espacio, continuo y alargado al que se hace referencia, está integrado por tres estancias intercomunicadas que sumarán los veinte metros de longitud. La de la derecha, de mayor



Fig.10. Extramuros de la Puerta de Zaragoza. Cueva en lo más enristado del monte. La pared exterior es de adobe asentado con argamasa de aljez y arena.

entidad, puede abarcar los dieciocho metros cuadrados. Lo afianza un pilar rocoso frente a la puerta y, en la pared, en parte de adobe, se abre un ventano. La de la izquierda es estrecha y alargada. En el extremo hay una salida al otro lado del risco al que es imposible acceder por el sendero ya que se interrumpe bruscamente [Fig.10].

En zonas posteriores, al pie del monte porque no existe otra posibilidad, hay horadadas dos grupos de cuevas más, en niveles consecutivos, ante las que se despliegan sendas explanadas. El primero lo forman tres de ellas y el segundo, inferior, diez. Son características comunes que, tras excavar la roca, casi todas en forma de caja salvo una que tiene forma de ele invertida, la boca era cerrada con muro de piedra en el que se respetaba el hueco justo para la puerta y a veces para un ventano; también que los suelos, en general, están por debajo del nivel exterior, motivo por el que en algunas hay practicados hasta cinco escalones de descenso. La superficie interior, unas con otras, abarca entre los ocho y los veinte metros cuadrados. Como particularidad se indica que en una de ellas se guarda, no es la

primera, una máquina aventadora manual, señal de que el barrio estaba poblado por gentes del campo y es sabido que la acción de aventar para separar el grano de la paja era una etapa más en la recolección de los cereales. Lo que se advierte a primera vista son oscuras bocas rectangulares de diferentes tamaños ya que las paredes de piedra que las cerraban están derruidas.

Tras este recorrido en el que se hace presente el estado actual de las casas cueva en las diferentes zonas de la ciudad vieja y en los extramuros, es fácil deducir que la última, la de los extramuros de la Puerta de Zaragoza, sería la que en primer lugar apareciese ante los ojos de los visitantes. Libre de construcciones que obstaculizaran su percepción y situada en el itinerario natural de cualquier viajero, el paisaje ofrecería su más desnuda estampa: cruda y lamentable bajo el criterio de unos, romántica y pintoresca para la sensibilidad de otros. Mirada desde Margarita, aparece completa la pared del monte, de arriba abajo y de un extremo a otro, y aún se pueden intuir los diferentes niveles y senderos en los que se asientan las cuevas tal como hoy día aparecen: abiertas unas y otras medio tapiadas dado que los muros exteriores se han ido desmoronando poco a poco. Aspecto muy diferente, por supuesto del que, como se puede deducir, ofrecería en los momentos en que estuvo animado por el ritmo de vida que marcara la actividad de sus pobladores. No es extraño que los únicos documentos gráficos que quedan en los libros de viaje tengan como asunto curioso y pintoresco este paraje bajo el título: “Casas abiertas en la Peña”. Sin duda, se convierte en referente obvio de la litografía que el propio Parcerisa nos dejara y cuyo comentario se abordó en un estudio anterior.²² Gracias a él se puede conocer con objetividad cuál sería el aspecto que mostraba este paisaje sin aditamento alguno de interpretación subjetiva; pues una de las características de la obra del litógrafo es que lo que dibujaba era fiel reflejo de la inmediata realidad observada.

3. TIPOLOGÍA DE LAS CASAS CUEVA BILBILITANAS

Del anterior recorrido por el paisaje bilbilitano se desprende de inmediato una doble conclusión: que las casas cueva son incontables y que están dispersas sobremanera; circunstancias estas que no facilitan el interés y la atención bajo cualquier aspecto que se mire aunque, como en casos similares, se aguarde el momento en el que alguien piense en ellas e intente

22 SOLANAS DONOSO, J. V. (2025), “Casas abiertas en la peña. Calatayud. Testimonios de los viajeros. La aportación gráfica de Parcerisa y Serra”, *Cuarta provincia*, n.º 7, p. 124, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud.

rescatarlas del pertinaz olvido. De la dispersión se ha comentado y señalado que abarcan no sólo el casco viejo sino todos los extramuros posibles; es decir todos aquellos lugares en los que era factible abrir la roca por más que la ubicación acarrease mayor dispersión y la consiguiente lejanía respecto al centro urbano propiamente dicho. Entre las existentes pueden establecerse dos grupos que tienen que ver con la evolución urbanística de la ciudad en el tiempo. Uno estaría integrado por las casas cueva que nacieron con esa intención pero que poco a poco fueron engullidas por sucesivos añadidos constructivos alterando en gran manera su destino primigenio y la consiguiente apariencia exterior del paisaje urbano. El otro lo formarían aquellas que nacieron como tales y así han llegado hasta nosotros, aunque degradado su aspecto original y también el entorno pues en la mayoría de los casos aparecen muy abandonadas. Cabe establecer otros tipos dependiendo de las particularidades que atañen a cada caso y dentro también de la propia naturaleza que las caracteriza y que a continuación se comenta.

3.1. Casas cueva enmascaradas por construcciones posteriores

Estas casas cueva se encuentran tanto intramuros como extramuros. Inicialmente la roca fue abierta con mayor o menor dificultad para conseguir las mejores condiciones de habitabilidad, pero la población crecía y, sobre todo tras la reconquista, los nuevos pobladores adecuarían las cuevas primitivas unas veces ampliándolas, otras, añadiendo delante construcciones rústicas al estilo de las existentes en otros lugares del territorio peninsular. En el espacio entre la roca, lugar seguro, y la zona más baja por donde discurría el agua de la lluvia, quedaba muchas veces terreno que era aprovechado con diferentes utilidades. Primero, de manera precaria, se habilitaron las cuevas colocando muros de piedra de yeso o adobe con puertas y ventanas creando viviendas más amplias y confortables; luego se añadirían pequeñas construcciones sin otra intención que solucionar los problemas relacionados con nuevas necesidades o simplemente con el crecimiento familiar. Así se pueden apreciar pequeñas construcciones sin orden preconcebido que avanzan hasta el borde que define el trazado definitivo de las actuales calles. A veces, son las construcciones más recientes las que crean dicho límite; otras, serán los cercados y las tapias limítrofes de las diferentes propiedades. Quedan dentro espacios abiertos a modo de patios, siendo en ocasiones aprovechados para cultivar algún pequeño huerto. Diríase que la mayoría de las actuales cuevas se engloban en este apartado, tanto las de los barrios viejos como las de los extramuros. El Cristo, Picado, Cuesta Morería Espinos, Morería, La Paz, Calle Soria, Santa Ana, Consolación, Subida a La Peña, Escaleras de la Peña, Barrio Nuevo, San Roque, La Rosa... esconden cuevas originales tras construcciones posterior-

res quedando las cuevas propiamente dichas para funciones complementarias. Hay cuevas dedicadas a almacén, leñera o sala de juego; mientras otras siguen constituyendo parte de zona habitable de la vivienda con las comodidades propias del momento. En ocasiones aparecen propiedades a modo de solares que llegan hasta la calle en los que se han demolido todos los añadidos dejando ver al fondo la roca con las cuevas originales convenientemente protegidas. Cuando llegaban los viajeros a partir del siglo XIX, recibirían imágenes únicamente de lo que podía divisarse desde la calle o, como mucho, desde los puntos altos o miradores, ya que el trazado de las calles era el mismo que hoy a mediados de dicho siglo según consta en los planos urbanísticos de entonces. Las cuevas en su mayoría eran inaccesibles a la vista salvo las que quedaban aisladas por encontrarse en zonas elevadas sin formar parte de calle alguna a las que se accedía mediante sendas estrechas y empinadas.

3.2. Casas cueva aisladas y también dispersas

Este grupo abarca aquellas que una vez establecidas las calles, quedaron independientes del conjunto por encontrarse a desmano y por lo general en las partes más altas. Suele tratarse de habitáculos o grupos de ellos que muestran su aspecto más original, si bien la mayoría presentan un estado deplorable por su complicada accesibilidad y el consiguiente abandono. Se asocian a las mismas calles en las que quedaban englobadas las cuevas consideradas en el punto anterior; pero se amplía su ubicación tanto en intramuros como en extramuros. Próximas a la carretera que es prolongación de la calle Picado, y en gran parte del recorrido de la misma que bordea la parte alta de la Morería hasta la Puerta Emiral, bajando al depósito y continuando hasta la muralla que desciende a la Puerta de Soria y volviendo luego a Tarancón Alto, aparecen cuevas dispersas, cuidadas unas o en vías de recuperación y habitadas aunque sólo sea temporalmente; otras presentan buena traza pero, al quedar abandonadas, el interior lo cubren desechos y basuras que, a su vez, envuelve el polvo de las eflorescencias del yeso caídas de techos y paredes con el paso del tiempo. En los extramuros se encuentran bastantes de ellas. Particularmente interesantes son las situadas en el monte al pie del recinto amurallado, ya por encima de la carretera de Soria, y las que se suceden al borde de la misma una vez pasado el puente que cruza el barranco del mismo nombre. En los otros extramuros, sea Puerta de Zaragoza o Carretera de Terrer, existen grupos de ellas unas veces en zonas bajas y otras en diferentes niveles a las que se accede por senderos estrechos y empinados. Por lo general, salvo alguna excepción, se trata de cuevas abandonadas y en la más absoluta ruina a pesar de que hay ejemplares de interés que recobrarían en gran medida su valor si se actuase sobre ellas con una sencilla limpieza y poste-

rior mantenimiento. Dentro de este grupo cabe otro de particular carácter. Se trata de las casas cueva que, estando separadas de las zonas urbanizadas y en su momento enmascaradas por añadidos constructivos, han sido despojadas de los mismos bien por amenazar ruina, bien por ofrecer una apariencia poco agradable a la vista y estorbar con ello el buen orden del paisaje. Se trata de actuaciones realizadas por el Ayuntamiento en fechas no tan lejanas y cuyo resultado es contar con tres grupos de cuevas desnudas de aditamentos y en su estado primitivo que el viajero agradece tras presenciar tantas y tantas en el más completo abandono. Un grupo de ellas se ubica en el alto Picado, otro en la subida a San Roque, pasada la sede de la cofradía, y un tercero en el barrio alto de la Rosa fuera ya de la zona urbanizada.

3.3. Casas cueva de una sola dependencia

Responderían al concepto propio de refugio troglodítico representado por las grutas naturales utilizadas por los primitivos en cualquier época o región. Aparecen de cuando en cuando dispersas por las laderas cercanas al Castillo Mayor o anexas a cuevas vivienda propiamente dichas. No es raro encontrar testimonios de propietarios de viviendas de los barrios altos que atestiguan que las cuevas originales de su propiedad son pequeñas y no muy profundas; pero coexisten próximas dos o más de ellas. Las situadas en los extramuros, que pueden comprobarse de modo directo, suelen ser profundas y relativamente altas. Están excavadas a modo de prisma hueco de cuatro caras que a veces deriva en forma de ele. La mayoría se sitúa en zonas que fueron habitadas por campesinos o artesanos de los derivados del cáñamo y, si en algún momento pudieron ser utilizadas como vivienda, pasarían a cumplir funciones propias de sus pobladores, es decir, almacenar productos del campo, también del cáñamo y, cómo no, servirían para guardar la precaria herramienta y maquinaria de uso agrícola o la dedicada a la industria de la tradición soguera. Todavía pueden verse, mal guardadas, aventadoras manuales muy en uso a mediados del pasado siglo ya que permitían aventar la paja a pesar de que el viento no soplara favorable. Por lo que no es extraño encontrarlas próximas a terrenos llanos en forma de era aptos para desarrollar en ellos las actividades propias de los campesinos.²³

23 "Estas cuevas compuestas de una sola habitación son todavía más insalubres dado que el humo no tiene otra salida que la puerta de entrada". Ver: DAVILLIER, Charles (1862), *L'Espagne, illustrée par 309 gravures dessinées sur bois par Gustave Doré*. Librairie Hachette et cie. Boulevard Saint-Germain 79, Paris, p. 719.

3.4. Casas cueva de dos o más dependencias

Se trataría de la generalidad de ellas. Nacerían con la intención de ser vivienda ordinaria, por lo que existen diferencias entre dependencias según la función a la que se dedicaban. Las más próximas a la luz natural se dedicarían a cocina y habitáculos para dormir; mientras que las interiores pudieron servir para guardar ganado o animales domésticos o de carga, pues en algunas paredes aparecen añadidos alargados a modo de pesebre. En unos casos se encuentran todas a un mismo nivel y, en otros, se accede mediante uno, dos o más escalones tallados dependiendo del terreno. Es normal encontrar en los muros interiores artificialmente contruidos, ventanos de comunicación por los que pasa la luz y el aire. Dependiendo de la ubicación, unas veces las dependencias se distribuyen regularmente y otras de forma lineal para aprovechar mejor la luz y el aire ambientales. Según el espacio disponible delante de este tipo de viviendas hay espacios exteriores cercados con paredes, normalmente de piedra extraída del mismo monte, que se dedicarían a corrales o a pequeños huertos de los que todavía permanecen las viejas parras e higueras.

3.5. Casas cueva por debajo del ras del suelo

No se trata de algo repetido, pero se da alguna vez y de modo particular en el paraje de las Eras. Estas cuevas se excavaban desde el nivel exterior hacia el techo y hacia el suelo preservando la roca donde se practicarían las escaleras de descenso y ascenso quedando la puerta de entrada a ras del terreno del entorno. No es fácil deducir el porqué de las mismas pues tenían el inconveniente de ser invadidas por el agua de la lluvia y ser más propensas a la formación de humedades insalubres desde todo punto de vista.²⁴ La única explicación que cabe, a falta de otra de mayor peso, es que sería menos costosa la excavación hacia abajo.

3.6. Casas cueva de dos alturas

Existen en cualquier barrio y conviven con las de otra tipología. El proyecto de despojar de añadidos aplicado en los últimos años por la concejalía de Urbanismo, ha dejado a la vista particularidades que de otra manera hubieran pasado desapercibidas y esta es una de ellas. En la mayoría de los casos se supone que los accesos serían desde el exterior, adecuando el terreno hasta el segundo nivel o mediante la colocación de escaleras convencionales; pero también las hay que se intercomunican desde el interior

24 "[...] si añadimos que a veces están a un metro bajo tierra podrá hacerse la idea de la suiedad que impera en dichas estancias". Ver: DAVILLIER, Charles, *op. cit.*, p. 719.

salvado el desnivel mediante peldaños tallados directamente en la roca. Es de suponer que los espacios inferiores serían donde se desarrollaban las actividades familiares diurnas, mientras que las superiores estarían dedicadas al descanso.

4. CARACTERÍSTICAS CONSTRUCTIVAS

El procedimiento de construcción era el de vaciado. La roca²⁵ desde el exterior se abría extrayendo el material con las herramientas en que cada momento se disponía. No solamente se excavaba para formar la oquedad sino que había intención de crear espacio, modelando y tallando la roca, definiendo paredes planas o curvas, ángulos y esquinas; perfilando columnas, soportes y muros, alacenas o bancos, es decir, también se esculpía. Acerca de las posibles herramientas, además de picos y piquetas, lo normal es que se utilizaran escoplos rústicos, cinceles y punteros, que deberían ser aguzados con frecuencia, como los utilizados por los escultores para desbastar la piedra en las primeras etapas del proceso. El escoplo en una mano y el martillo en la otra. Son visibles las direcciones de las huellas de la herramienta sobre los muros. Se trata de trazos cortos, pero no en vertical sino en ángulo constante que sugiere que el golpe se realiza con la derecha manteniendo una inclinación, con lo que el trabajo se haría más cómodo y el golpe más efectivo. Por lo observado puede deducirse que en general las cuevas se abrían a partir de embocaduras muy anchas y, una vez excavada la roca de acuerdo con lo planteado, la gran boca se cerraba mediante muros contruidos con la misma piedra de la excavación o mediante adobe,²⁶ siendo la argamasa de unión la derivada de mezclar yeso moli-

25 Acerca de la naturaleza de la formación rocosa en el que se abren estas cuevas, por lo general de componente yesífero, es interesante la descripción siguiente: "Se desarrolla en la zona central de la cubeta, por debajo de las calizas y margas de Sierra Armantes, extendiéndose en dirección SE. Está constituida por capas de yeso de 15 a 20 cm. de potencia con pequeñas juntas de arcillas verdes con recristalizaciones secundarias de yeso y yesos alabastrinos laminados, en bandas alternativas blancas y negras de escasos milímetros. Se encuentran intercalados niveles de arcillas negruzcas y verdosas con láminas de yesos y arcillas y limos yesíferos. Los bancos limosos yesíferos se hacen más potentes en los bordes, conteniendo nódulos blancos alabastrinos. En estos tramos se encuentran los yacimientos de coprolitos del Castillo de Ayub" (HERNÁNDEZ PACHECO Y MELÉNDEZ, 1956). Cubriendo las paredes de pequeñas cavidades existentes en los yesos, se encuentra cristalizaciones secundarias de epsomitas. Ver: *Mapa Geológico de España. Calatayud*. Instituto Geológico y Minero de España, Servicio de Publicaciones, Ministerio de Industria y Energía, 1981, Servicio de Publicaciones, D, Fleming, 7, Madrid, p. 22.

26 "La roca abre su seno para hospedar al hombre sin recibir de su mano más que el tabique que cierra la abertura y el pulimento de sus muros interiores". Ver: PARCERISA, F.J. y QUADRADO, J. M. (1844), *Recuerdos y Bellezas de España. Aragón*, vol. III, Imprenta Repullés,

do (aljez), arena y agua.²⁷ En el proceso del vaciado de la roca se dejaban soportes verticales o pilares, tallados en la misma, cuya finalidad era impedir que cediera la cubierta tanto en el proceso de excavación y extracción como posteriormente con los inquilinos dentro, pues sabían los maestros albañiles que las placas de yeso que liberaban al excavar se desprendían fácilmente y a las que quedasen les correría la misma suerte con el paso del tiempo. Al construir el muro que servía de cerramiento exterior se dejaban los vanos donde deberían colocarse las puertas y ventanas oportunas. Se aprecia en muchos modelos que se han dado frecuentes modificaciones abriendo y cerrando espacios según las circunstancias lo requerían. Alguna vez los muros de separación entre habitaciones son de roca original tallada; pero la mayoría de las veces, sea en forma de muro de cierto grosor, sea a modo de estrechos tabiques, se construían artificialmente de la manera señalada²⁸. Para los tabiques más estrechos también se utilizaban cañas dispuestas verticalmente que se cubrían por ambas caras con una densa capa de yeso. De forma generalizada queda a la vista la roca dura exhibiendo los golpes de la piqueta o del escoplo tanto en el techo como en las paredes y en el mismo suelo; y raramente aparecen el techo y las paredes

Avda. Reina Victoria, 13, Madrid, p. 348. "Pocos detalles salidos de la mano del hombre diferencian esta última de un simple conjunto de madrigueras: salientes a guisa de tejados, burdos revestidos de albañilería como fachadas..." Ver: D'ALLAUX, G. (1846), *Aragón pendant la guerre civile*. Traducido y publicado como: *Aragón visto por un francés durante la primera guerra carlista*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1985, p. 63. "A la mano del hombre sólo deben la tapia o fachada que del exterior las separa y el aislamiento y regularización interior de las paredes de la roca". Ver: *La vuelta a España: Viaje histórico, geográfico, científico recreativo y pintoresco. Historia popular de España*. Tomo I, p. 659. Imprenta y Librería Religiosa y Científica del Heredero de D. Pablo Riera, Calle de Robador, 24 y 26, Barcelona.

- 27 En los materiales para cerramientos o tabiques casi siempre se trata de mampuestos poco elaborados insertando entre ellos lajas y ripios obtenidos de la propia excavación. El yeso utilizado para la argamasa poco tiene que ver con el que se utiliza hoy día de origen industrial, pues mantiene impurezas propias del yacimiento y la granulación no es homogénea; ello hace que varíe el resultado en apariencia, coloración y tacto. Lo mismo sucede cuando como mampuestos se utilizan adobes. Se trata, pues, del llamado técnicamente "yeso no transformado", dentro de cuyo concepto se incluye también el yeso que ha sido excavado in situ y ha permitido crear espacios que el hombre ha adecuado incluso como vivienda, como es el caso de las viviendas-cueva. Ver: LA SPINA, Vincenzina (2016), *Estudio del yeso tradicional en España*, Universidad Politécnica de Cartagena. pp. 117 y ss. Más estudiada está la presencia del aljez o yeso en las fábricas del conjunto fortificado. Ver: IGLESIAS, RETUERCE, GARCÍA Y GONZÁLEZ (2016), "Las fábricas de yeso del conjunto fortificado de Calatayud (Zaragoza)", *Actas de las Segundas Jornadas sobre Historia, Arquitectura y Construcción Fortificada*, Instituto Juan de Herrera, ETSA de Madrid.
- 28 Frecuentemente para el adobe se utilizaba tierra blanca, procedente de pulverizar las propias piedras de yeso, mezclada con arena, paja y agua. La forma prismática plana se conseguía mediante moldes de madera o adoberas. Se advierten diferentes tipos de adobe tanto en su constitución como en su grosor.

cubiertos por una capa de yeso concediendo mayor presencia y confort a las habitaciones, a pesar de tener el material tan cercano. Se aprecian intentos de capas de yeso blanco o cal teñida de azul; pero los inquilinos serían conscientes de que la humedad haría que dicha capa se desprendiese de las superficies así cubiertas. Lo normal es que de tiempo en tiempo los techos y paredes se limpiaran con un cepillo duro para desprender de la roca las eflorescencias causadas por los agentes atmosféricos en los componentes de la misma. Puede verse el efecto en cualquiera de las cuevas que se desee visitar: polvo de eflorescencias cubriendo techo y paredes y, en espesor considerable, capa cubriendo el suelo por el polvo desprendido.²⁹ A mayor capa, mayor el tiempo que hace que el suelo haya sido hollado por las suelas de algún visitante. En ocasiones no es fácil discernir qué espacio era el dedicado al hogar pues casi todas las habitaciones aparecen cubiertas de hollín, si bien a veces aparecen huecos altos por los que salían los humos y a veces, también aparecen chimeneas pegadas a la roca indicativas de la presencia del hogar que solía situarse en las zonas más exteriores. En muchos casos el humo salía por los vanos que servían de ventanas³⁰ y en ocasiones por la misma puerta de entrada. Es algo que se echa en falta al realizar las actuaciones de adecentamiento por parte de Urbanismo: no haber incluido en los planes o memorias de las mismas la descripción detallada de lo que se encontraba y lo que quedaba tras cada actuación. Según las dependencias aparecen huecos en las paredes, a modo de alacenas, unas veces tallados, otras contruidos con clara intención de depositar elementos utilitarios de diversa índole. También los hay de menor tamaño que tendría su particular función y sobre los que la imaginación divaga en suposiciones como servir de base para colocar alguna lámpara de aceite o de cera. Finalmente añadir que en el barrio de la Rosa se han encontrado pavimentos de baldosa cerámica y también azulejo adosado a las paredes. A pesar de ello los añadidos en favor de cierta calidad de vida brillan por su ausencia. Lo que indica el bajo nivel social de los moradores.³¹

29 Las eflorescencias son debidas a la cristalización de sales solubles por la acción de la humedad. Aparecen en la superficie en forma de polvo blanquecino. Con el tiempo producen desconchamientos en las piedras. Cuando esas eflorescencias se producen en el interior o entre los estratos de la roca (criptoeflorescencias), pueden provocar desprendimientos.

30 Así se deduce de los testimonios de alguno de los viajeros y del documento gráfico que nos legara Parcerisa.

31 "De temps immémorial les cuevas sont habitées par des familles d'agriculteurs que regissent des vieilles coutumes. Hommes et femmes fort pauvres d'ailleurs, mais vigoureux et bien portant cultivent la plaine qu'ils surveillent de leurs nids de vautours". Ver: DIEULAFOY, J. (1901), *Aragon & Valence. Barcelone, Saragose, Sagunte, Valence: Les beaux arts, les mœurs, les costumes*. Hachette et cie. Boulevard Saint-Germain, Paris, p. 86. "Nada habíamos visto tan miserable como este barrio que se imagina como madrigueras horadadas en la montaña y en las que viven, revueltos con sus animales inmundos, desgraciados

5. CONSIDERACIONES FINALES

Tratándose de una realidad cuya presencia comienza a la par que nace la Calatayud antigua, se extiende y evoluciona con la historia de la ciudad y continúa a día de hoy, causa extrañeza, hasta en cierto punto incompreensión, el silencio acerca de las casa abiertas en la roca por parte de historiadores y escritores que han abordado temáticas bilbilitanas incluidos los más influyentes por el legado escrito que dejaron. Ni Vicente de la Fuente en sus dos tomos sobre la historia de la ciudad ni Borrás o López Sampedro en su guía monumental ni Agustín Sanmiguel en sus múltiples trabajos sobre Calatayud se refieren a ellas, aunque sólo sea de forma tangencial. Puede afirmarse, pues, que las primeras y únicas referencias hasta no hace tanto tiempo serían las que se encuentran en los libros de viaje de autores foráneos ya mencionados en un trabajo anterior y que, dicho sea de paso, lo hacen a su manera. El primer estudio de cierto interés, aunque limitado por formar parte de una obra colaborativa que abarca un compendio de temáticas, es *Calatayud. Historia, Arte, Arquitectura y Urbanismo* de Julián Millán (2019:45-50). Por el contrario, sí se encuentran referencias a la gran cueva que fuera primer convento de la orden de capuchinos. Así sucede en la mencionada historia de Vicente de la Fuente en la página 378, vol. II, al referirse a las nuevas fundaciones en Calatayud entre finales y principios de los siglos XVI y XVII respectivamente. También Borrás y López Sampedro, de forma igualmente escueta, lo hacen en la p. 199 de su obra de referencia al tratar del Convento de San Serafín del Monte. El mismo poeta bilbilitano Ángel Raimundo Sierra en su libro poético *La voz íntima* (1955), incluye un romance versionando la leyenda bilbilitana “El pozo de la Sangre”, denominación común por la que es conocida dicha cueva; y parece reflejar que, antes de la reconquista, estaría habitada por alguna familia musulmana.

Ya sea por su extensión, por su dispersión o por tratarse de una realidad semioculta ausente de llamada, las casas cueva han pasado y pasan desapercibidas careciendo de interés hasta para las personas más representativas de la cultura, el arte y la historia locales. El recorrido por tan complejo panorama no es en verdad motivo de relajada contemplación pues no se trata de idílicos parajes ni de modélicas construcciones cuya monumentalidad cautiven sobremanera. Ausentes de concepto y artificio, de filigranas y exquisiteces, su presencia tampoco ha logrado calar en las

a penas cubiertos de harapos”. Ver: DAVILLIER, C. (1862), *op. cit.*, p. 719. “[...] cuyas casa no son por lo general más que cuevas abiertas en la peña y habitadas por las familias más pobres”. Ver: ROSELL, C. (1865), *Crónica general de España, o sea historia ilustrada y descriptiva de sus provincias y sus poblaciones más importantes de la península y de Ultramar* (Provincia de Zaragoza), Ed. Rubio y Compañía, Madrid, p.114.

sensibilidades ávidas de emociones que tienen más que ver con el arte y con lo bello. Lo que hoy presentan las cuevas ante cualquier espectador es ruina y abandono, escombros e inmundicia tanto en el interior como en el exterior, polvo blanquecino en abundancia que enmascara techos, paredes y suelos y, en estos, desechos que por doquier la gente ha ido depositando con el paso del tiempo. Pero las hay muy singulares. Es precisa una actuación, tras un plan convenientemente estudiado, para recuperar y conservar al menos aquellos ejemplares que ofrezcan mejores condiciones o sean más representativos dentro de su género para que, liberados de la incuria y del olvido, puedan ser admirados como merecen y se vea incrementado así el ya valioso patrimonio cultural e histórico de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- BORRÁS, G. y LÓPEZ SAMPEDRO, G. (1975), *Guía de la ciudad monumental de Calatayud*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- CEBOLLA, J. L., MELGUIZO, S. y RUIZ, F. J., (2016), “La judería nueva de Calatayud. Visión arqueológica”, *Arqueología y Territorio Medieval* 23, Universidad de Jaén, pp. 103-123,
- FUENTE, Vicente de la (1880), *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*. Edición facsímil del CEB, Institución Fernando el Católico, 1994, v. I, Zaragoza.
- INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO (1981), *Mapa geológico de España. Calatayud*. Ministerio de Industria y Energía, Servicio de Publicaciones, Dr. Fleming, 7, Madrid.
- LONGÁS, L. (1993), *Conventos de la antigua Provincia de Capuchinos de Aragón*, Col. OPL, Curia Provincial de Capuchinos, Burlada (Navarra).
- MILLÁN GIL, J. (2019), “Las casa cueva”, *Calatayud. Historia, Arte, Arquitectura y Urbanismo. Una guía para salvaguardar la ciudad*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, pp. 45-50.
- RAIMUNDO SIERRA, Á. (1954), “El Pozo de la Sangre, (leyenda bilbilitana)”. Programa de Ferias y Fiestas de Calatayud.
- SANMIGUEL MATEO, A. (2007), *Arte mudéjar en la ciudad de Calatayud*, Centro de Estudios Bilbilitanos e Institución Fernando el Católico, pp. 14-20.
- SEBASTIÁN FRANCO, S. (2019), “Arquitectura y urbanismo de los barrios altos”, *Calatayud. Historia, Arte, Arquitectura y Urbanismo. Una guía para salvaguardar la ciudad*, Publicación 151 del Centro de Estudios Bilbilitanos, pp. 24 y 25.
- SERRANO RUANO, D. (1991), “Dos fetuas sobre la expulsión de mozárabes al Magreb en 1126”, *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 2, Servicio de Publicaciones de la UCM, Madrid.

- VILLANOVA VALERO, J. L. (2018), "El Plano Geométrico de la ciudad de Calatayud (Zaragoza) de Mariano Anselmo Blasco Taula (1867)", *Revista de Historia Jerónimo Zurita* 93, Universidad de Gerona pp. 153-158.
- VILLAR NAVASCUÉS, R. (2016), "Las viviendas subterráneas y el riesgo sísmico", *Geographos*, vol. 7, n.º 88, Instituto Interuniversitario de Geografía, Universidad de Alicante.
- SOLANAS DONOSO, J. V. (2025), "Casas abiertas en la peña. Calatayud. Testimonios de los viajeros. La aportación gráfica de Parcerisa y Serra", *Cuarta Provincia* 7, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, pp. 109-142.
- SPINA, Vincenzina La (2016), *Estudio del yeso tradicional en España*, Universidad Politécnica de Cartagena, Murcia.